

Ilusiones y responsabilidades: qué puede y qué no puede la ciencia política

Dr. Juan Russo¹

Recibido: 20/11/2012
Aceptado: 10/03/2013

Resumen

A partir de dos posiciones históricas originarias en la ciencia social (una posición optimista y una posición escéptica), se analiza la viabilidad de la ciencia política aplicada, partiendo de ejemplos paradigmáticos de investigación. ¿Es posible una simil –ingeniería en la ciencia política? ¿Se trata sólo de superar un estadio actual de inmadurez de la disciplina para llegar al conocimiento aplicado? En este trabajo se argumenta sobre las razones del escepticismo respecto del desarrollo de un conocimiento aplicado, y en consecuencia de una símil-ingeniería en los estudios de la política. También se analizan las consecuencias entre las posiciones (optimista y escéptica) de la ciencia política, para el orden político democrático.

Palabras clave: ciencia política, ingeniería, ciencia política aplicada, posición escéptica, posición optimista.

¹ Dr. en Ciencia Política por la Universidad de Florencia, Italia. Profesor Titular en la Universidad de Guanajuato. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, CONACYT, México.

Ilusions and responsibilities: what can and can not political science

Abstract

From two historical positions originating in social science (an optimistic vs a skeptical position), analyzes the feasibility of applied political science, based on research paradigm examples. Is a simil-engineering in political science? Is it just to overcome a current stage of immaturity of the discipline applied to knowledge? This paper argues about the reasons for skepticism regarding the development of applied knowledge, and consequently a simil-engineering policy studies. It also discusses the implications between positions (optimistic and skeptical) of political science to the democratic political order.

Keyword: political science, engineering, applied political science, skeptical position, position optimistic.

 Existe una ciencia política aplicada, es decir, un cuerpo de conocimientos que permita, mediante un *consiglieri* pol tologo o expertos, recomendar, con garantías de verdad, a un actor político alternativas precisas de acción para lograr objetivos o metas precisas?  Puede un pol tologo, con un dominio exhaustivo del conocimiento de la disciplina, proponer instituciones, con resultados previsibles?  Puede nuestro pol tologo prever con certeza el desenlace de cierto proceso político o la consecuencia de diversas alternativas de acción?

Es claro que detrás de las propuestas de reformas institucionales (como la liderada por Juan Linz respecto de tender a un sistema de gobierno parlamentario en vez de uno presidencial, o la de Giovanni Sartori, de proponer un sistema de “dos motores” en términos de sistema de gobierno, o aún la de Carlos Nino de un sistema semi-parlamentario para Argentina) existe la idea de cierta confiabilidad en la “aplicabilidad” de conocimiento politológico para el mejoramiento de sistemas políticos.  Es este optimismo fundado?

Hablar de ciencia política aplicada no sólo supone la existencia de politólogos que confien y desarrollen esa posibilidad, sino también la existencia de “clientes” o “usuarios” de esas aplicaciones: es decir políticos con expectativas de actuar cumpliendo sus objetivos, siguiendo las normas de un saber.  Esperan los actuales líderes políticos la opinión de un *Maquiavelo* para resolver sus problemas? Posiblemente las esperanzas de los líderes políticos hayan variado desde el inicio de la tercera ola de democratización a mediados de los setenta en Europa y años 80 en América del Sur, a la actualidad. Así, en la primera etapa, líderes como Raúl Alfonsín se rodearon de intelectuales que analizaban y proponían cursos de acción, pero después de las severas crisis económicas y políticas, y de los imprevisibles procesos sociopolíticos, ha habido un reposicionamiento de los sabios consejeros, y los líderes parecen menos interesados en las opiniones de gur es. Y esto no sólo at e al rol de los politólogos, sino también a (otrora los gur es mayores) los economistas.

En la historia de las ciencias sociales, los optimistas son muy variados, van desde Nicolás Maquiavelo, Augusto Comte, Carlos Marx, Emilio Durkheim, Samuel Huntington, Giovanni Sartori hasta Juan Linz. El grupo de los escépticos respecto de la utilidad práctica del conocimiento politológico, está integrado por nombres como Vilfredo Pareto, Max Weber, Raymond Aron y  ngelo Panebianco.

Para algunos politólogos, todo conocimiento sólidamente fundado de la ciencia política sería en principio *aplicable*, al menos en el sentido sealado por Sartori (1970, 26), es decir como disciplina que debe ser guiada “cognoscitiva y predictivamente- según la fórmula *ceteris paribus: dadas estas condiciones... entonces.*” Desde el comienzo de las ciencias sociales, e incluso de la filosofía, existió la expectativa de un conocimiento politológico que pudiera aplicarse al logro de objetivos e intencionalidades. El pensador paradigmático del optimismo politológico, es Nicolás Maquiavelo. Consideraba que si se prestaba atención a las lecciones de la historia, podrían obtenerse indicaciones para modificar o conservar situaciones políticas. Desde la propuesta de Maquiavelo a los tiempos presentes, el pensamiento politológico ha ganado en complejidad, y lo mismo ha ocurrido con el desarrollo de la propia política en el mundo moderno.

En lo que sigue fundamentar  mi adhesión a la posición escéptica, y también mostrar  por qué en este caso el escepticismo es compatible con los preceptos de la democracia. Interesa en tal sentido, hacer una evaluación de cuánto la ciencia política puede contribuir a la producción de una *simil-ingeniería* o de ciencia política aplicada. Para ello analizar  algunos ejemplos de presunta *ciencia política útil* (en el sentido de ciencia política utilizable). He considerado tres ejemplos relativamente más lejanos en el tiempo (y que considero de manera más sucinta): las leyes sobre sistemas electorales de Maurice Duverger (1951), la teoría de la movilidad social de Kart Deutsch (1961, 1970) y la teoría de la institucionalización de Samuel Huntington (1968). También he considerado dos ejemplos más recientes: la crítica al sistema presidencialista de Juan Linz (1997), y los trabajos actuales sobre calidad de la democracia (Lijphart 1999, Morlino 2003).

 Casos de ceteris paribus?

1. *Los sistemas electorales.* En la ciencia política propiamente dicha, es decir la producida *grosso modo* después de la segunda guerra mundial, hay ejemplos interesantes de investigaciones elaboradas (más o menos explícitamente) de modo “cognoscitivo y con propósitos predictivos-según la fórmula: *dadas estas condiciones... entonces*”. El caso más célebre corresponde al área de los estudios electorales. El problema científico originario podría formularse así:  de qué modo y en qué sentido los sistemas electorales producen consecuencias previsibles (y predictibles)? Es claro que la intuición precede en este campo a la ciencia política, y son abundantes los ejemplos en que los actores manipulan las reglas electorales con la finalidad de obtener fines específicos. Desde la introducción de los sistemas de representación proporcional con fines de evitar una ca da brusca en la representación, hasta las groseras intervenciones del tipo *Gerrymandering*, con la manipulación de las circunscripciones electorales, los actores relevantes han vislumbrado en el modo de conversión de votos en cargos, la posibilidad de obtener réditos políticos. Después de la segunda guerra mundial, Maurice Duverger (1951) en su fundamental *Les partis politiques* afirma: “el sistema mayoritario a una vuelta tiende al bipartidismo; por el contrario, el escrutinio mayoritario de dos vueltas o la representación proporcional tienden al multipartidismo” (266). Ello obedece a que “la vecindad de los partidos vecinos no perjudica su representación global, en este sistema, ya que siempre pueden reagruparse en el escrutinio de “votación complementaria”. Los fenómenos de polarización o sub-representación no funcionan aquí o funcionan solamente en la segunda vuelta, conservando integralmente cada partido sus oportunidades en la primera” (267). Más allá de las numerosas y conocidas críticas realizadas al politólogo francés (Rae 1971, Rokkan 1970, Sartori 1976), hay consenso en que hay relaciones entre sistemas electorales y sistemas de partido. Pero esta asociación dista bastante de la suerte que se pueda correr si se quiere inducir un sistema de

partido creando o proponiendo un sistema electoral. Se trata en todo caso de un análisis más preciso de las propiedades de las circunscripciones, o del tipo de espacio de competición electoral para determinar su impacto. En cualquier caso, como ha destacado Rokkan (1970, 256) los partidos actúan en contextos culturales que les proporcionan legitimidad y se modifican a causa de tensiones surgidas en “crisis de crecimiento”, cruciales en el desarrollo de las instituciones nacionales. Más allá de las refutaciones o *correcciones* a las “leyes” de Duverger, la convicción general de poder modificar a voluntad el sistema político, proponiendo sistemas electorales que pueden reforzar o debilitar un sistema de partidos, no tiene fundamento. Y ello por cuanto los sistemas electorales son subsistemas sobre el que actúan contextos muy complejos y altamente imprevisibles. Con la excepción del *Gerrymandering*, que más que un sistema electoral es un sistema de manipulación ad hoc por parte de un gobierno, poco probable en las democracias contemporáneas, los sistemas electorales son frecuentemente paradójicos en términos de los resultados esperados. Un caso famoso es el de la “ingeniería electoral” aplicada por el General De Gaulle para la V República francesa. De Gaulle se propuso en la arquitectura de la V República a fin de asegurar estabilidad, que la izquierda no pudiera llegar al gobierno, y que fuera improbable un gobierno de coalición. El triunfo de François Mitterrand en los años 80 y la cohabitación entre gaullistas y socialistas, echaron por tierra esos propósitos. La paradoja es que ninguna de las dos cosas trajo consigo ingobernabilidad a Francia. Pues el contexto había cambiado dramáticamente.

2. *El desarrollo político.* Un segundo sector de investigaciones corresponde a los estudios del desarrollo político. En particular, los trabajos de Karl Deutsch (1961, 1970, trad esp. 1976), para quien “la movilización social “no es únicamente una colección de cambios (de residencia, de ocupación, de ambiente social, de relaciones personales, de instituciones, roles y modos de acción, de experiencias y expectativas, y de memorias personales, de hábitos y necesidades,

incluida la necesidad de nuevos hábitos de afiliación y nuevas imágenes de identidad personal... que influyen y quizás transforman el comportamiento político" (1961: 490). Por el contrario, se trata de procesos "interconectados", ya que "todos operan en la misma dirección...La movilización social hace que la gente está más disponible para el cambio. Lo hace induciendo a los individuos o ense n ndoles a cambiar de residencia, de ocupación, de comunicación, de compañeros y de perspectiva e imaginación. Genera necesidades, aspiraciones, demandas y capacidades nuevas. Pero todos esos patrones pueden unir o desunir una población... Pueden producir la cooperación o la lucha, la integración o la secesión (1976:534)". El impacto político de los procesos de movilización social es destacado por Deutsch, de modo tal que las proposiciones explicativas pueden ser perfectamente leídas en clave de ingeniería política: si se pretende aumentar las demandas políticas deben adecuarse las instituciones a tal fin. Pues las presiones sobre la política ocurrirán en cualquier caso. En términos específicos, por cuanto la movilización social afecta la afiliación e identidad de los grupos, puede, en el caso de sociedades, producir efectos destructivos, como movimientos de secesión, conflictos y guerras. En el mismo sentido, la obra de Samuel Huntington (1968, trad. esp. 1997), uno de los más notables libros de la segunda mitad de siglo XX, relaciona en sus diferentes modalidades y niveles, procesos de movilización social y desarrollo económico por un lado, y de institucionalización política con la participación política por otro. En términos de ingeniería, Huntington describe (y prescribe): "La estabilidad de cualquier sistema político depende de la relación entre institucionalización y participación. A medida que aumenta esta última, la complejidad, autonomía, adaptabilidad y coherencia de las instituciones políticas de la sociedad deben crecer también *si se quiere mantener*² la estabilidad política" (Huntington 1997: 80). Desde luego, las recomendaciones de ingeniería distan de ser unánimes,

² La cursiva es mía

tal como ocurrió en el Brasil de Geisel con la intervención como asesor del propio Huntington y el *contra-asesoramiento* de Cándido Méndez (Skidmore, Smith 1988). Propositiones teóricas como “la diferencia política más importante entre los países se refiere, no a su forma de gobierno, sino al grado de gobierno con que cuentan” (1968, trad.es.1997: 13) se transformaron por parte de Huntington en sugerencias que apuntaban a evitar la ingobernabilidad (en verdad se terminaba evitando la democratización) en Brasil, argumentando que el aumento de expectativas y de participación política terminaría en una pérdida del control por parte del gobierno militar. No obstante, la posición frecuentemente conservadora y antidemocratizante (como ocurrió en Brasil) de Huntington, sus afirmaciones teóricas podrían dar lugar a cursos de acción o ingenierías diferentes. Sin embargo, tanto las proposiciones de Karl Deusch como las de Samuel Huntington resultan extremadamente abstractas, y muy alejadas de la vinculación con reglas operativas de ingeniería que permitan la implementación de nuevas instituciones. Ello puede advertirse en su polémico trabajo sobre ingobernabilidad (1975) donde se reafirma su propuesta de 1968 relativa a lograr un equilibrio entre crecimiento de la participación política y crecimiento paralelo de la “complejidad, autonomía, adaptabilidad y cohesión de las instituciones políticas de la sociedad... si se desea preservar la estabilidad política” (1975: 80). Para lograr ello se puede, en algunos casos, proponer el reforzamiento e institucionalización de la participación, y en otros, hacer esfuerzos para mantener baja la participación o desalentarla. Su propuesta para los países occidentales de disminuir la participación política, puesto que de otro modo podría producirse una crisis de autoridad, por cuanto las demandas excederían las capacidades del gobierno, encuentra fundamento en la rigidez de las estructuras políticas de los sistemas políticos consolidados. De ahí la propuesta de otorgar mayor complejidad, autonomía, adaptabilidad y cohesión. Además de ser abstracta, su propuesta de reducir la participación, es una posibilidad no una consecuencia lógica

de las premisas teóricas. El enfoque neo institucionalista de Huntington, resulta de particular interés para el tema de la reforma política, por su énfasis en la creación, adaptación y rendimiento de las instituciones.

3. *El sistema de gobierno.* Un tercer sector de análisis es más reciente y at e a las instituciones de gobierno. Me refiero a los estudios sobre el presidencialismo, llevados a cabo por Juan Linz (1994). Su crítica a la forma presidencial de gobierno, apunta a la dualidad de legitimidades entre Parlamento y presidente, lo que alienta la competitividad y el conflicto, especialmente, como ocurrió en Argentina con los últimos años del presidente Alfonsín (1987-1989) cuando la oposición controlaba el Congreso, o más dramáticamente con el Gobierno del presidente De La Rua, con una crisis que implicó la interrupción del gobierno a mitad de periodo, luego de perder las elecciones legislativas. La cuestión at e a la legitimidad dual que implica una verdadera disputa "para hablar en nombre del pueblo, es decir  qu n tiene la legitimidad: el presidente o la mayoría en el Congreso que se opone a su política?". Según Linz, el presidencialismo no poseer  mecanismos para resolver los problemas que genera. Por otra parte, Linz ha insistido en la rigidez del formato presidencial por la duración fija del mandato. Aun en situaciones de profunda pérdida de apoyo de un presidente, el sistema presidencial obligará a mantener a un cadáver político en el sillón de las decisiones. Por el contrario, el sistema de gobierno parlamentario, en casos de gobiernos desgastados, permitirá la disolución del parlamento y la convocatoria de elecciones adelantadas.

Por otra parte, el presidencialismo alentará el conflicto por cuanto favorece juegos de suma cero y los actores no encuentran estímulos para la cooperación. En efecto, en un sistema de gobierno presidencialista, ganar una elección supone el control de un partido sobre el Estado, hecho que no ocurre en un sistema parlamentario por la dinámica de gobiernos de coalición. Linz

argumenta que existe una verdadera desproporción entre el caudal de votos obtenidos y las atribuciones que un presidente tiene. Ello le ubicaría como un poder de hecho, por encima de los otros poderes. Con ello, se facilitarían el cesarismo y el surgimiento de líderes carismáticos proclives al *decisionismo*. Por último, en aquellos sistemas que, como México, no admiten la reelección, el presidente deja de ser responsable por las decisiones llevadas a cabo: no puede ser premiado con la reelección ni punido con la derrota. Pensar que cambiando el sistema de gobierno en países de América Latina se obtendrían mejoras positivas para el sistema político, es una hipótesis apresurada. Pues el personalismo no ha estado ausente de los regímenes parlamentarios, como lo muestran abundantes casos en el siglo XX, que van desde Adolfo Hitler o Benito Mussolini, a Charles de Gaulle o Margaret Thatcher. En América Latina, los problemas parecen ceñirse al imperio de la ley, o las enormes desigualdades entre los ciudadanos. Como se ha contraargumentado (De Riz) nada asegura que el sistema parlamentario no implique una parálisis de gobierno o bajísimos niveles de eficacia decisional. Por otra parte, la incorporación de instituciones tomadas prestadas del sistema parlamentario, como ha ocurrido en Perú o Argentina, no ha disminuido un ápice los poderes del hiperpresidencialismo de esos países.

4. *La calidad de la democracia.* En la actualidad se ha prestado atención al rendimiento de las democracias, y en particular a la cuestión de cuánto esas democracias cumplen con los ideales que movilizaron a millones de personas a apoyar su implantación. El principal valor de estas investigaciones consiste en que permiten: a-diferenciar empíricamente y por lo tanto comparar democracias, en relación a sus bondades y déficit como regímenes políticos. Esto en parte debería dejar atrás muchas discusiones, originadas en la confusión entre ambos términos: democracias/calidad democrática, que atribuyen la condición de *no democracias* a aquellas que funcionan deficitariamente; b-analizar el interior de la caja de poliarquía de Dahl, descomponiendo

analíticamente las dimensiones del funcionamiento de las poliarquías en referencia a su gran diversidad. Esto es un avance respecto de la tradición Shumpeter-Dahl, que colocaba como eje del discurso (imprescindible por cierto) la demarcación entre democracia y otros regímenes políticos. Aquí las democracias son confrontadas entre sí, transparentando mediante el análisis, los modos concretos de funcionamiento; c- superar la pura consideración normativa, y por ende limitada a la filosofía política, que distingue entre buenas y malas democracias. Al respecto, debe aclararse que ello no supone que los trabajos no incluyan categorías o dimensiones mixtas normativas-descriptivas, como ocurre con el propio concepto de democracia. Pero de igual modo que con este último, los análisis sobre divergencia democrática³ pueden contar con indicadores perfectamente abordables en investigaciones empíricas, y en tal sentido se trata de una estricta contribución a la ciencia política y no a la filosofía política. Al respecto pueden citarse como ejemplo el estudio empírico de Frances Hagopian. La investigadora propone una comparación entre Chile y Brasil, a partir de dos dimensiones de calidad democrática derivadas del trabajo teórico de Morlino (2003) sobre el tema: a-derechos y b-representación. Las medidas empíricas relativas a Derechos se realizan controlando indicadores sobre: a-protección de derechos, b-Estado de derecho, c-control de la corrupción y d- igualdad. Por otra parte, la representación es medida a partir de indicadores relativos a rendición de cuentas, respondencia y participación.

³ Como he mencionado en otro trabajo prefiero la acepción de divergencia democrática a calidad de la democracia, ello deriva de la carga conceptual que el concepto de calidad hereda de la teoría de las organizaciones y del mercado, muy alejado de las tradiciones del debate sobre democracia. El concepto de divergencia expresa la distancia entre ideales y realidades de las democracias actuales. Véase mi trabajo (2012) Estudios sobre divergencia democrática, papeles de trabajo CIDE, México.

Este trabajo es un buen ejemplo de la naturaleza de las investigaciones sobre divergencia democrática, y se identifican rasgos dominantes del funcionamiento de las democracias en Brasil y Chile, concluyendo en el carácter de *democracia predominantemente de derechos* del gigante sudamericano y de *democracia predominantemente de representación* del país andino.

Este tipo de investigaciones proporcionan avances sustanciales respecto de mediciones previas, como las realizadas por el propio Dahl (1971- 1997: 25-215) en los años setenta donde, a partir de indicadores como apertura a la oposición, incluía casos de democracia y no democracia en su clasificación. Sin embargo, existe déficit en términos del control empírico. Así, para medir las dimensiones de calidad democrática (*Rule of Law, Accountability, Responsiveness*) se proponen indicadores a veces muy generales (Maravall, Przeworsky). En el caso de Imperio de la ley se propone: la obligación frente a todos de constituir un sistema legal con garantías de derechos e igualdad para los ciudadanos, ausencia de corrupción en los aparatos del estado, la existencia de una burocracia civil, competente, eficiente y universalista, la existencia de una policía respetuosa de derechos y de las libertades, independencia de la justicia de influencia política, fácil acceso de los ciudadanos a la justicia, razonable duración del proceso penal y contencioso civil o administrativo. Como puede advertirse, se trata de indicadores de distinto nivel de abstracción y en tal sentido están desequilibrados en su puesta a punto para la prueba empírica. Así, los primeros resultan todavía demasiado abstractos como indicadores, mientras los últimos resultan más adecuados y precisos.

Las reformas políticas en la actualidad apuntan a lograr que las democracias funcionen mejor, y para ello se propone “orientar” el sistema político en una dirección en vez de otra. Pero lograr el mayor cumplimiento de los ideales democráticos a partir de una institución es no sólo difícil, sino poco probable. Excepto, por supuesto, si se trata del otorgamiento de derechos

demandados por los ciudadanos, que apunten al reconocimiento, a la igualdad o a mayores libertades. Pero si se piensa en reformas institucionales el tema es espinoso y de difícil resolución. En principio, puede afirmarse que no hay reforma política si no se modifican algunos de los aspectos medulares de un orden político⁴. A saber:

a- las relaciones entre el poder legislativo y ejecutivo, o tendientes a equilibrar los poderes o, por el contrario, a proporcionar mayor dominio al ejecutivo;

b- los sistemas electorales (mayoritarios o de representación proporcional, con la enorme gama de variaciones que existe entre ellos)

c- el sistema de partidos, alentando el bipartidismo o el multipartidismo;

d- el sistema de organización y funcionamiento de los grupos de interés, hacia el refuerzo de prácticas pluralistas o corporatistas;

e- mayor centralización o descentralización, mediante mecanismos que den lugar o refuercen el federalismo;

f- el sistema monocameral o bicameral;

g- sistemas con posibilidad de revisión judicial de las leyes o por el contrario legislaturas soberanas en cuanto a la constitucionalidad de su legislación;

h- gabinetes mayoritarios de un partido o estímulos a la formación de amplias coaliciones partidarias;

i- la autonomía o dependencia de los bancos centrales del ejecutivo.

Es decir, cualquier reforma de la política supone avanzar en el sentido de democracias consensuales o en el sentido de democracias mayoritarias (Lijphart 2000). ¿Cuáles reformas son

⁴ He seleccionado los aspectos elencados por el comparatista Arend Lijphart ()

más adecuadas para lograr una democracia mejor? El politólogo holandés afirma que la democracia consensual produce mejores resultados que la democracia mayoritaria. A partir del análisis de treinta y seis poliarquías, se mide la calidad democrática con los siguientes indicadores: 1-representación de las mujeres (indicador extensible a las minorías etnoraciales), 2-igualdad política, a partir de igualdad económica (la distancia entre los hogares que perciben el 20% de los ingresos más altos respecto del 20% de ingresos más bajos), 3-participación electoral, asociado con la igualdad política de los ciudadanos en la representación; 4-satisfacción con la democracia, es decir, la medida en que quienes votaron al partido ganador y quienes votaron a perdedores, están conformes con el modo en que funciona la democracia; 5-proximidad gobierno-votante, a partir de dos indicadores: a) la distancia del gobierno, es decir en una escala derecha izquierda, dónde se ubica el gobierno y dónde la mayoría de los votantes; y b) la distancia del votante, medido a través de la distancia entre los porcentajes de votos del gobierno y el votante mediano; por último, 6) responsabilidad-corrupción, a partir de la medición con índices de corrupción percibida.

Más allá de lo problemático de la relación entre buena democracia y un tipo de democracia particular, hay una gran distancia entre esta aseveración y la aplicación de proposiciones del tipo *si... entonces*, para proponer enunciados de tipo *simil- ingeniería política*. En verdad cualquier diseño para mejorar la calidad institucional encuentra el problema de la simulación o de la manipulación institucional. Es decir pueden reproducirse normas de otros casos de democracias de buen rendimiento, y al mismo tiempo bloquear la efectividad de sus procedimientos. Para ello basta elaborar un reglamento maravilloso, y después simplemente no cumplirlo. Como reza el refrán: *hecha la ley, hecha la trampa*.

Así, cualquier intervención de un científico político no puede aplicar ni leyes duvergerianas ni regirse por el condicional “si... entonces” derivado de una teoría, debe entonces lidiar con el contexto, y si actúa de esa manera, entonces no hay ingeniería ni ciencia política aplicada, sencillamente hay recomendaciones basadas en la experiencia, en el conocimiento de casos acumulados y sistematizados, y cierto sentido común.

Es claro que los ejemplos de análisis anteriores y reforma institucional están directamente relacionados con la posibilidad de construir simulaciones políticas. Por el contrario, en la literatura sobre el capital social, estamos frente a un sector escéptico respecto de la utilidad de las reformas institucionales. Autores como Robert Putnam, al explicar las razones del desarrollo desigual entre el norte y el sur de Italia, se remonta a siglos anteriores. Por el contrario las intervenciones directamente estatistas sobre el desarrollo, como en el caso de Sicilia, explicarían el resurgimiento esporádico y el regreso a su situación estructural de rezago económico.

El argumento que está en la base de la ciencia social aplicada puede resumirse en la consigna de Auguste Comte: *saber para prever, prever para poder*. Es decir, el objetivo de la ciencia social es la aplicación del conocimiento social. En el mismo sentido, Marx afirmó que lo importante no es interpretar, como habrían hecho hasta ese momento los filósofos, sino *transformar* el mundo. El esquema es simple: hay que conocer las leyes de la sociedad (Comte) o de la historia (Marx) para intervenir sobre la realidad. Los actores que pueden lograr esto son los sociólogos o científicos sociales. El principio comtiano encuentra adhesión mayoritaria tanto en la tradición europea, piénsese en autores como Gaetano Mosca que propone la posibilidad de construir una política científica o Emile Durkheim, que propone el análisis y propuestas de mejora de las patologías sociales, como en la tradición americana, piénsese en la propuesta de Wright Mills de investigar a las elites para ofrecer ese conocimiento como arma a la población, y en

América Latina, en autores que van desde el marxismo al liberalismo, es decir desde. En tal sentido, la consigna positivista nunca fue rechazada, ni siquiera por autores críticos del positivismo. Una posición disidente es la de Wilfredo Pareto, quien a partir de su experiencia de gestión pública como economista, posee un enorme escepticismo respecto de la aplicabilidad de los conocimientos de las ciencias sociales. Pareto separa el conocimiento racional y científico de la ciencia social de lo que llama los residuos, es decir las afirmaciones que provienen de las pasiones, los intereses, las negociaciones. En la medida en que el científico social se integra en proyectos de transformación de la realidad y por tanto en cuestiones prácticas, deviene en un hombre que actúa, no por conocimiento científico, sino por influencia de la ideología o de los residuos. Por el contrario, cuando el científico se dedica a su actividad propiamente científica, entonces la relevancia de la ciencia es escasa y la utilidad social nula. La posición de Pareto es minoritaria y gran parte de los científicos sociales siguen, a veces sin reconocerlo, la propuesta de Comte. Y en este punto debe ser ubicado junto a su contemporáneo Max Weber, quien rechaza explícitamente el llamado socialismo de cátedra. Otros dos intelectuales, el francés Raymond Aron y el italiano  ngelo Panebianco adoptarán posiciones convergentes. Para Aron, los intelectuales han representado dos tipos de roles en la comedia política. Por una parte han intentado ser los consejeros del Príncipe, o por otra, ser los intérpretes de la providencia. Maquiavelo y Marx representan dos casos paradigmáticos. Para Panebianco, (al igual que para Aron) el rol de la ciencia social no se encuentra ni en la simil-ingeniería ni en la llamada sociología crítica, y sólo se diferencia de Pareto en asignarle una influencia relevante, pero indirecta, sobre los hechos sociales.

En la época actual, el modelo de la ingeniería social, propuesto por James Coleman (1972) se construyó a partir de dos presupuestos: a-existe una base cognitiva sólida y útil para construir

una ingeniería social que puede aplicar esos conocimientos; y b-la presencia de estructuras de autoridad que necesitan y se interesan en consultar para aplicar las recomendaciones del ingeniero social o político. Como ha señalado Bulmer (1982), el problema es que ese conocimiento necesario no existe en la ciencia política contemporánea, y aunque este existiera, no resulta claro que haya un pleno acuerdo entre investigadores y decisores de la administración, sobre cuál de las alternativas es mejor respecto de cuales fines: "Se asume que los decisores y los investigadores concuerdan sobre cuál deba ser el estado de cosas deseable" (1982:42-43). Ello ocurre con el médico, porque se coincide con el paciente en lograr un estado físico saludable. En las áreas sociales, en particular las políticas, los verdaderos fines son múltiples, y generalmente no son explicitados por la clase política.

Según algunas investigaciones realizadas sobre la ciencia política aplicada (Bulmer 1982), las actividades de investigación encargadas a científicos sociales, por parte de agencias gubernamentales, o de la más amplia experiencia de los Think Tanks, arrojan resultados de baja calidad, en cuanto el fundamento empírico de las afirmaciones es insuficiente, y por cuanto carecen de nexos reales entre la teoría y las aplicaciones "deducidas". Pero además, lo que estas investigaciones muestran es que las recomendaciones sugeridas son regularmente desatendidas por los decisores, y son usadas por estos para legitimar sus decisiones, adoptadas por intereses o por razones particulares de los decisores. Cuando un politólogo resulta influyente en el proceso de elaboración y adopción de decisiones (como fue el caso de Henri Kissinger) ello obedece a sus características personales, y no a la ciencia política. En realidad, la utilidad de las ciencias sociales termina limitada a la elaboración de dossier informativos sobre cuestiones que se debaten (Lindblom y Cohen 1979), y a la construcción de un lenguaje sobre los aspectos que se discuten. Al parecer la ciencia política está lejos de tener un ámbito de aplicabilidad similar a la ciencia

económica, aunque como se ha mostrado (Machlup 1978), también la economía carga sus ilusiones. En realidad la presuuesta influencia de Keynes sobre las políticas intervencionistas, corresponderían a interpretaciones en gran medida erróneas, pues las aplicaciones de esas políticas fueron empleadas en los años treinta, cuando se adoptaron estrategias para superar la Depresión económica. Al parecer ni en Gran Bret a en 1931-32, ni en Alemania en 1932-33, ni en Estados Unidos en 1933, se adoptó conscientemente la política expansionista en sentido keynesiano. Es decir, en gran medida las políticas intervencionistas constituyeron estrategias para “salir del paso”. Sólo bastante después de la publicación de la obra de Keynes, en 1936, esto es, después de la segunda guerra mundial, muchos economistas, fascinados por las propuestas de la obra, contribuyeron a convertirla en la ideología dominante. El ejemplo de Keynes muestra claramente el modo en que la ciencia política, como también ocurre con las ciencias sociales, puede influir. Se trata de un tipo de influencia indirecta, sobre el clima político y cultural de un momento, y es *por efecto rebote* que incide sobre las decisiones de los políticos. La ciencia política influye sobre el clima cultural a través de ideas que orientan a comunidades de actores a ponderar cierto tipo de problemas políticos y de sus soluciones.

En verdad *la ciencia política aplicada no puede aplicarse* (ni racional ni irracionalmente, ni responsable ni irresponsablemente, ni fundada ni infundadamente), simplemente porque no existe. Como ha puesto de manifiesto Panebianco (1986) respecto de las ciencias sociales, no existe una división institucionalizada entre ciencia política pura y ciencia política aplicada, ni tampoco reglas de transformación, que permitan transformar conocimientos de ciencia básica en soluciones de problemas prácticos.

Por otra parte, resulta muy difícil utilizar la cláusula *ceteris paribus* para aplicar conocimientos, por cuanto las previsiones descansan sobre condiciones que escapan al control y

que devienen imprevisibles. Mientras que la cláusula *ceteris paribus* es fundamental en la ciencia básica, deviene inaplicable cuando se trata de conocimientos politológicos.

Las consecuencias sobre el orden político

La cuestión que consideramos gana en complejidad cuando se considera la relación entre régimen político y ciencia política. Es decir ¿puede la ciencia política ser considerada *la* fuente de las decisiones de un gobierno o estructura de autoridad? Si atendemos a la propuesta de Charles Lindblom (1977), un proceso de reforma política ocurre de modo diferente cuando se trata de sistemas liberal-democráticos (Modelo 2) que cuando se trata de sistemas comunistas (Modelo 1). Mientras que en el último, el intelecto y la planificación guían a la sociedad, en el primero existe una visión menos optimista sobre la razón humana y las prescripciones políticas se construyen a partir de la interacción, consensos, conflictos y el ajuste de los actores con valores e intereses plurales. En los sistemas comunistas, cuando se plantea un determinado problema político, existen soluciones correctas y verdaderas, por el contrario en el sistema liberal-democrático, hay soluciones aceptadas por los actores. En los primeros las elites cultural y política coinciden, mientras que en los segundos las elites culturales están separadas, cuando no confrontadas, de las políticas.

Si Lindblom tiene razón, entonces la idea de una ciencia política aplicada e ingeniería social corresponden a un modo no democrático de concebir y practicar la política.

A este punto está claro que no se comparte la idea de asignar a la ciencia política el rol de instalar un nuevo iluminismo aplicado⁵ es decir la propuesta de orientar el conocimiento a la solución de problemas prácticos. La idea de construir una ingeniería política encuentra por doquier

⁵ Ver Ralf Dahrendorf en Panebianco (1989)

resultados inesperados y paradójicos, como lo muestran algunos celebres ejemplos históricos. Basta recordar el caso de De Gaulle y su sueño por una parte de que no venciera la izquierda, o de evitar situaciones potenciales de ingobernabilidad como la *cohabitación*. Nadie puede negar el genio de De Gaulle, pero la realidad histórica de Francia excedió, a veces en sentido contrario, sus expectativas. El mundo de la política está lleno de hechos que significan dificultades para que los actores logren una realidad dócil a sus deseos terminaron siendo insuperables. Ingenierías electorales, diseños constitucionales terminaron en fracasos, respecto de las expectativas de los “ingenieros sociales”.

Los decisores no científicos

En la ciencia política el aprendiz de Maquiavelo suele terminar decepcionado. Sus afanes por convencer al Príncipe respecto de que hay ciertos cursos de acción mejores que otros y que la formación en ciencia política otorga una base para optar por un curso de acción desechando otro, suele encontrarse con la indiferencia o a veces la sorpresa de que el príncipe opta por un curso diferente, si no opuesto, y que, ¡¡lo peor de todo!! el político tiene un éxito. Rotundo. El político escucha “lo que quiere escuchar”, no lo que propone un pretendido (y pretencioso) científico social. Y en tal sentido sus brújulas continúan siendo la intuición o, simplemente “la corazonada”. Al respecto el modelo de acción de los funcionarios y políticos está muy distante de la acción científico-racional. Para aclarar este punto basta considerar el clásico trabajo de Robert Dahl y Charles Lindblom (1971) y la clasificación de estrategias de acción política. Las estrategias políticas son consideradas a nivel global y en base a modelos de acción. En el modelo racional los actores pueden calcular sus acciones siguiendo patrones estrictamente racionales. Este modelo encuentra enormes dificultades de aplicación, debido a las características de ciertas variables en la

acción social y a problemas de información y de comunicación, por cuanto los hombres tienen diversos fines y deben negociar algunos para alcanzar otros (maximización del margen). Además, a medida que se aproxima para alcanzar un fin, disminuye la urgencia por alcanzarlo (los fines están sujetos a la disminución de su utilidad marginal). De esto se sigue que los márgenes se hallan en constante fluctuación. Por ello "es habitualmente imposible cuantificar el valor de cursos alternativos de acción en unidades comparables, pues no puede existir ninguna unidad fija y cuantificable de medida"(Dahl y Lindblom 1971: 106). Esto conduce a que se intensifique el problema de la información y de la comunicación, en tanto no se puede cuantificar y "los hombres no pueden saber si prefieren una alternativa a otra hasta que han experimentado las dos. No obstante, a menudo la elección de una alternativa excluye la otra... por la falta de información fáctica acerca de algunas consecuencias"(Ibidem: 106).

Un segundo modelo de acción es el *incrementalista* y constituye "un método de acción social que toma la realidad existente como una alternativa y compara las probables ganancias y pérdidas de alternativas estrechamente vinculadas, o haciendo ajustes en la realidad existente, o haciendo ajustes más grandes acerca de cuyas consecuencias se sabe aproximadamente tanto como respecto de las consecuencias de la realidad existente, o haciendo ambas a la vez"(Ibidem: 107). Este modelo de acción permite incluir en el análisis de situaciones que ocurren cuando las consecuencias de alternativas, que tienen una relación remota con la realidad, son en general más difíciles de predecir. Además, la gente no puede prever cuáles son sus futuras necesidades. Un individuo tiene muchos fines y algunos están en conflicto entre sí. Por otra parte le permite al actor verificar los resultados de sus acciones; es reversible en el curso de acción seguido; permite al actor tanto la supervivencia como la alteración continua de la organización operante y, según los autores, ayuda a la racionalidad del electorado y a la poliarquía.

Por otra parte, hay situaciones en que el riesgo no acarrea consecuencias peores que las que se perciben en la realidad existente, o el cambio en magnitudes pequeñas no permite el alcance de fines los deseados. Como la realidad es demasiado indeseable, continuar con ella es también un riesgo alto. Por ello, en contraste con el modelo incrementalista, existe el modelo "utopista", que objeta la idea de remedar un viejo sistema.

Según Dahl y Lindblom el modelo más funcional para los regímenes democráticos es el incrementalista y "es el sistema de cambio practicado en todas las poliarquías durables de Occidente"(Ibídem: 108). La cuestión es si el modelo incrementalista es siempre viable en los procesos de cambio político, en particular en el caso de consolidación democrática conflictual. En principio resulta difícil porque, como los mismos autores señalan, "un prerrequisito del incrementalismo racional en las acciones sociales lo constituye un considerable grado de acuerdo sobre los fines básicos". ¿Cuáles son los fines básicos? Si un ejemplo de estos fines es la consolidación de ciertas estructuras del régimen democrático instaurado, entonces en las consolidaciones democráticas conflictuales resultará poco probable que la oposición use métodos de acción incrementalistas. Sin embargo, un modo de aumentar la probabilidad de este tipo de estrategia, es que el actor actúe en contextos con fuertes "amenazas potenciales". En este sentido puede que su acción sea cauta y gradual en razón del temor a sanciones mayores.

Otro modelo de acción ha sido propuesto por Lindblom, (1959:79-99; 1965) inicialmente con el nombre de *Muddling Through*, y que se ha conocido como *incrementalismo no estructurado*. Este modelo hace referencia a las acciones que los actores llevan a cabo en condiciones de escasa información y que les condiciona para poder diseñar sólo estrategias para "salir del paso". Los actores en realidad consideran pocas alternativas, y el número de medios a emplear es

bastante escaso, los fines terminan adecuándose a los medios y más que existir soluciones políticas, en realidad existe un conjunto de decisiones a los problemas que cotidianamente emergen. Como veremos, este modelo puede ser de gran utilidad para explicar orientaciones de acción en el caso de los actores argentinos. Una expresión representativa del contexto decisional de los políticos, es la del ex-presidente argentino Raúl Alfonsín cuando, refiriéndose a su período de gobierno, declara: "muchas veces he tenido que tomar decisiones sin tener en mis manos la totalidad de los datos que me decían acerca de la necesidad de tomar determinada medida". Las situaciones caracterizadas por graves dificultades y en las que la desconfianza entre los miembros de la clase política provoca problemas del tipo "*dilema del prisionero*", aumentan las probabilidades de que los actores intenten sólo "*salir del paso*". La necesidad de resolver situaciones de emergencia política induce a un c culo muy detenido sobre que los efectos de ciertas acciones, ocasionen altos costos.

Lo que puede y no puede el científico político

Por todo lo anterior el científico político como tal no puede aplicar reglas de operación "derivadas" de conocimientos teóricos. No puede, como científico político, recomendar con certeza qué curso de acción seguir para obtener ciertos objetivos. No puede, como científico político, realizar la crítica de la sociedad, postulando la sociedad o la política verdadera para la realización humana.

Pero el científico político sí puede, en carácter de líder de opinión, fundamentar cierto tipo de reformas. Puede, aunque no es frecuente, persuadir a gobiernos y actores de oposición respecto de la conveniencia de ciertas reformas. Puede señalar falencias y difundir ideas acordes (aunque no demostrables) con las teorías empíricas. Siempre podrá hacerlo valiéndose de su

bagaje de conocimientos politológicos, pero no como científico político. Pero ¿qué puede hacer el científico político en carácter de tal? A diferencia de Panebianco, no creo que el politólogo pueda ni siquiera inferir, y por lo tanto recomendar, *no hacer* x si se quiere obtener y. Sin embargo coincido, a diferencia de la opinión de Pareto, que en ocasiones el conocimiento de la ciencia política puede ser relevante y puede incidir sobre el curso de los hechos. Pero además del modo indirecto o sistémico con que el politólogo puede influir sobre el clima ideológico de una época, puede en carácter de cientista político contribuir a la toma de decisiones.

El científico político sí puede aportar en cuestiones como la reforma política, prestando atención a antecedentes, reuniendo y sistematizando información, comparando entre casos similares al del país de la reforma, para hipotetizar los posibles y probables impactos de ciertas reglas, informar sobre la incompatibilidad fáctica entre ciertos fines y normas establecidas. Además debemos agregar las funciones que asignaba Weber a la ciencia social: lograr claridad, y explicitar de qué visión del mundo proviene su recomendación práctica: se debe explicitar “que al optar por esta postura se está sirviendo a este dios, en tanto que se ofende a este otro” (1996:84).

Todo ello en la medida en que primen en su accionar dos condiciones. La primera es actuar con modestia, es decir con un reconocimiento de los límites de sus sugerencias e información. La segunda es actuar con conciencia respecto de los efectos que nuestras construcciones teóricas pueden tener sobre los hechos y la reforma.

Se trata de rechazar todo discurso pontificio a partir de la ciencia, y no caer, como ocurre por ejemplo a Pierre Bourdieu, en las trampas de la sacralización de la propia crítica. En verdad es poco lo que tenemos como científicos políticos, pero arriesgamos perder todo si no reconocemos nuestros límites.

Referencias

- Aron, R. (1955, trad. esp. 1979) *El opio de los intelectuales*, Siglo Veinte, Buenos Aires.
- Bendix, R. (1964, trad. esp. 1974) *Estado nacional y ciudadanía*, Amorrortu, Buenos Aires.
- Bobbio, N. *Teoría Generale della politica* (352-369), compilación de Michelangelo Bovero, Einaudi, Turín.
- Bobbio, N. (1996) *El futuro de la democracia*, FCE, México, 2ª edición
- Bourdieu, P. (1973, trad. esp. 1975) *El oficio del sociólogo*, Siglo XXI, México.
- Bulmer, M. (1982) *The Uses of Social Research*, Allen and Unwin, London.
- Coleman, J. (1972), *Methods of policy research*, General Learning Press, Morristown.
- Dahl, R. (1971, trad. esp. 1997) *La poliarquía, participación y oposición*. Tecnos, Madrid.
- (1989, trad. esp. 1992) *La democracia y sus críticos*, Paidós, Buenos Aires.
- Dahl, R. y Linblom Ch. (1971) *Política, economía y bienestar*, Bs. As. Paidós, 1971
- Deutsch, K. (1961) *Social Mobilization and Political Development*, en *American Political Science Review*, setiembre, pp. 493-514.
- 1970, trad. esp. 1976) *Política y gobierno*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Delich, F. (2002) *La crisis en la crisis*, Eudeba, Buenos Aires.
- Duverger, Maurice (1951, trad. esp. 1987), *Los partidos políticos*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Hagopian, F. (2005) *Derechos, representación y la creciente calidad de la democracia en Brasil y Chile*, *Política y Gobierno*, vol. XII, N.1. pp. 41-90
- Samuel Huntington (1968, trad. esp. 1997) *El orden político en las sociedades en cambio*. Paidós, Buenos Aires.
- Lijphart, A. (1999, trad. esp. 2000) *Modelos de democracia*, Ariel, Barcelona.

- Lindblom C.H. y Cohen, C. (1979) *Usable Knowledge*, New Haven, Yale University Press.
- Linz, J. (1988) "Democracia presidencialista o parlamentaria. ¿Hay alguna diferencia?", en AA. VV., *Presidencialismo vs Parlamentarismo*, EUDEBA, Buenos Aires.
- Linz, J. (1993) *Presidencialismo y democracia: una revisión crítica*, El Colegio de México, México.
- Linz, J. y Valenzuela, A. (1997) *Las crisis del presidencialismo. Perspectivas comparadas*, Alianza. Madrid.
- Lipset, S. (1959- trad. esp.1987) *El hombre político*, Tecnos, Madrid.
- Lipset, S. (1995) Repensando los requisitos sociales de la democracia, en *Ágora* nº5, Buenos Aires.
- Machlup, F. (1978) *Methodology of economics and other social sciences*. Academia Press, New York.
- Marshall, T.H (1949-trad. esp.1998) *Ciudadanía y clase social*, Alianza, Madrid.
- Mendez, J.E. et al. (1997-trad. esp.2002) *La in-efectividad de la ley y la exclusión en América Latina*. Paidós, Buenos Aires.
- Morlino, L. (2003) *Democrazie e democratizzazioni*, Il Mulino, Bologna.
- O'Donnell, G. (1998) *Accountability Horizontal*, *Agora* 8, pp.5-34, Buenos Aires.
- O'Donnell, G., Iazzetta, O. y Vargas Cullell, J. (2003) *Democracia, desarrollo humano y ciudadanía*, Homo Sapiens, Rosario.
- Panbianco (1995-1999) *El precio de la libertad*. Losada, Buenos Aires.
- (1989) *L'analisi della politica*, Il Mulino, Bologna.
- Pasquino, G. (1992) *La nuova politica*, Laterza, Roma.
- (1987) *Escritos sociológicos*, Alianza, Madrid.
- Putnam, R. (1993), *Making democracy work*, Princeton NJ: Princeton University Press

- (1995), *Bowling alone: America's declining social capital*, Journal of Democracy, 6/1, 65-78.
- (comp) (2003), *El declive del capital social*. Galaxia Gutenberg, Madrid.
- Rae, D.W., (1971) *The political consequences of electoral laws*, New Haven-London, Yale University Press.
- Rokkan, S. (1970, trad. it. 1982) *Cittadini, elezioni, partiti*, Il Mulino, Bologna.
- Russo, J. (1995)- Consolidación democrática y oposición política, Argentina desde una perspectiva comparada. Revista *Ágora*, 3, Buenos Aires.
- Russo, J. (2008) *La ciencia política ante la reforma del estado*, incluido en Guerrero Agripino, L. Consideraciones sobre la reforma del estado mexicano. Universidad de Guanajuato, Guanajuato.
- (2004) *Ciudadanía, información, y calidad democrática*, Revista Iberoamericana de Autogestión- INAUCO. N.44, año XXII, Valencia, España.
- Sartori, G. (1970) Per una definizione della scienza politica, en *Antología di scienza politica*, Bologna, IL Mulino, pp.11-28.
- Sartori, G. (1979, trad. 1984) *La política, lógica y método en las ciencias sociales*, Fondo de Cultura Económica, México.
- (1994) *Ingeniería constitucional comparada*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Schedler, A. (1999) *Conceptualizing Accountability*, en *The Self-Restraining State: Power and Accountability in New Democracies*, eds. Andreas Schedler, Larry Diamond y Marc F. Plattner (Boulder y Londres: Lynne Rienner Publishers), pp. 13–28.
- Schumpeter, J. (1954, trad.1983) *Capitalismo, socialismo y democracia*, Urbis, Barcelona.
- Skidmore, T. y Smith P. (1996) *Historia contemporánea de América latina*, Critica, Barcelona.
- Weber, M. (1967) *El político y el científico*, Diálogo abierto, México.